

Dr. Luis D. Suárez

Con la desaparición de Luis D. Suárez, la cardiología argentina pierde a uno de sus genuinos representantes. Hombre de particular bonhomía, semiólogo clínico cabal, de profunda formación académica, lector incansable, amigo entrañable.

Tuve el privilegio de conocerlo en la “vieja” Sala IV del Hospital de Clínicas donde cursé mi residencia, cuna de los más destacados clínicos del momento: Rodolfo Dassen, Tiburcio Padilla, Pedro Cossio, Osvaldo Fustinoni, José Emilio Burucúa, Albino Perosio, I. De Larechea y tantos otros que conformaron el Instituto de Semiología en cuyas salas y por sobre todo en las revistas de sala se asistía a acaloradas disquisiciones de clínica médica. La cardiología ocupaba un lugar de privilegio sobre la base de la herencia recibida de los destacados precursores. En el Laboratorio de Cardiología junto al Dr. Perosio, Luis D. Suárez se destacaba por la profundidad de sus conocimientos, muy interesado en los primeros cateterismos diagnósticos, en los registros poligráficos, la auscultación y por sobre todo la electrocardiografía. Herramientas que con su notable clarividencia le permitían soslayar los diagnósticos más complejos. Otra de sus facetas destacables era su enorme capacidad docente, rica en conocimientos médicos así como en anécdotas “deslumbrantes” para los ignotos interlocutores, donde a floraba su sentido del humor. En la Universidad de Buenos Aires ocupó todos los estamentos por concurso de oposición y anteceden-

tes: Profesor Titular de Medicina, Asociado de Cardiología, Titular Consulto de Medicina Interna. Fue Jefe de la División Cardiología del Hospital de Clínicas y Director de la Carrera de Médicos Especialistas en Cardiología de la UBA. Plasmó su dedicada trayectoria en numerosas publicaciones; su libro de Semiología Cardiovascular es un clásico en nuestro medio. Obtuvo el reconocimiento, tanto universitario como societario y académico, a través de incontables premios. Fue padrino y director de tesis de doctorado de numerosos médicos cardiólogos para quienes su asesoramiento llegaba hasta la redacción correcta (era un requisito del lenguaje).

En la década de los noventa René Favalaro lo convoca a integrarse a la Fundación Favalaro, donde nuevamente pone de manifiesto sus dotes como clínico cardiólogo, docente de medicina en la Universidad Favalaro, Consejero de la Facultad de Medicina y de la Universidad, Presidente del Comité de Bioética y por sobre todo en la cabecera del enfermo, donde rodeado de alumnos compartía la discusión diaria con los médicos de planta. Creo que esta última resume la imagen que perdurará en nuestra memoria.

De auténticas convicciones religiosas, en su residencia de San Miguel construyó un oratorio que resultó el lugar apropiado para el ritual de despedida.

Dr. Augusto Torino